

imprescindible del tradicionalismo contemporáneo. Por todo ello, es una satisfacción para mí felicitarle por esta iniciativa y desearle grandes éxitos en sus trabajos para el bien de la Causa».

Es de agradecer a nuestro colaborador que no haya dejado pasar la efeméride para tener un piadoso recuerdo a quienes defendieron a la Iglesia frente al liberalismo.

Manuel ANAUT

**Juan Ramón de Andrés Martín, *La guerra del general Cruz contra la independencia de México. El brigadier realista José de la Cruz como comandante general de los Ejércitos de la Derecha y Operaciones de Reserva de la Nueva España (1810-1811)*, Madrid, Editorial Dykinson, 2020, 218 pp.**

El historiador Juan Ramón de Andrés, especialista en los avatares del carlismo, desde hace dos décadas ha desarrollado de manera paralela otra línea de investigación en torno al proceso de secesión novohispana que desembocó en el surgimiento de la moderna nación mexicana. Su más reciente libro aborda las campañas militares del realista José de la Cruz Fernández contra la primera insurgencia encabezada por el cura Miguel Hidalgo y consocios. Tratase de las actividades de una figura de primer orden en el ejército realista novohispano, aunque eclipsada por la estrella de Félix María Calleja. El libro se vislumbra como el primer volumen de una futura trilogía dedicada a cubrir toda la trayectoria política y militar del personaje. Si bien De Andrés apoyó esta inicial entrega en significativa bibliografía, su mayor contribución es entretener un atractivo relato a partir de fuentes archivísticas principalmente. En efecto, para la confección de este libro su autor exhumó documentos del Archivo General de Indias de Sevilla, el Archivo General Militar de Segovia y el Archivo General de la Nación en Ciudad de México. Cabe destacar el aprovechamiento medular de la correspondencia entre Cruz y sus superiores: Calleja y el en-

tonces virrey de la Nueva España, Francisco Xavier Venegas. Esta documentación me parece muy reveladora en tanto que no estaba destinada a la publicidad sino a la comunicación reservada entre los máximos directores de la causa realista. Con este material, Juan Ramón de Andrés construye una muy puntual y ordenada narración de las acciones de este militar español entre 1810 y 1811. Las cartas citadas resultan muy sugerentes cuando realzan, entre otras cosas, las percepciones de los mandos realistas sobre los sentimientos diversos de la población novohispana, la forma en que estos jefes caracterizaban a los insurgentes, las dificultades que afrontaron y las estrategias que implementaron para mantener o recuperar el control de un territorio tan vasto.

Dado que probablemente el lector no esté familiarizado con el personaje, conviene ponerle al tanto de sus antecedentes. Como someramente indica el autor, nació en Arapiles, Salamanca, en 1776, y había luchado y resultado herido contra los franceses en la Guerra del Rosellón (1793-1795). Más tarde participó en la Guerra de Independencia como Ayudante General de Estado Mayor y Jefe de Instrucción. Por su destacado desempeño se le promovió a brigadier y, en abril de 1810, a Comandante de la primera Brigada de las Milicias de la Nueva España. Fue así como Cruz desembarcó en noviembre de 1810 en el puerto de Veracruz y, entretanto había durado su travesía por el que otra vez fuera un *mare Nostrum* hispánico, la otra España que era su destino habíase agitado más que el océano recién surcado. Como es sabido, desde el mes de septiembre el país había comenzado a desestabilizarse y teñirse de rojo tras el levantamiento dirigido por el sacerdote Miguel Hidalgo contra el gobierno virreinal. Venegas nombró a Cruz Comandante General de las tropas de la Derecha y le confió la pacificación de la región de Huichapan, en la intendencia de México, donde, en coordinación con las fuerzas del brigadier Calleja, fue a la caza de cabecillas rebeldes como los Villagrán y los Anaya.

Cruz se subordinó a Calleja en una serie de operaciones combinadas con el fin de enfrentar y destruir las mayores concentraciones de insurgentes. Acaso la más importante de esas campañas, detalladamente narrada en este libro, fue la que llevó

a Cruz, entre diciembre de 1810 y enero de 1811, desde Huichapan a la zona del Bajío y luego Valladolid –actual Morelia– para alcanzar la capital de la Nueva Galicia. Si bien no logró converger con las fuerzas de Calleja que derrotaron a Hidalgo en la crucial Batalla de Puente de Calderón, sí tuvo un mérito en su campaña contra la insurgencia, «casi igual de importante» a decir del historiador, por su triunfo en la Batalla de Urepetiro. Después Cruz dio caza a la guerrilla del cura Mercado, recuperando Tepic y el puerto de San Blas. Asentado con sus hombres en la Nueva Galicia, en febrero de 1811 el virrey le confirió a Cruz, interinamente, el nombramiento de Intendente y Comandante General de la Provincia de Guadalajara y Presidente de la Real Audiencia. El gobierno de Cruz en Guadalajara ha tenido mala reputación, pero entre los hallazgos más significativos de la investigación reseñada, está el rescate de las peticiones que hicieron instituciones y grupos diversos rogando al virrey por la permanencia del salmantino a cargo de la provincia. Como se deja ver, Cruz fue considerado una garantía de orden y seguridad para el Ayuntamiento, la sala capitular de la Catedral y las Comunidades Religiosas de Guadalajara, pues, como aseguraban estas últimas, «su solo nombre basta a imponer el terror a los revoltosos perseguidos», su persona se había ganado el «respeto y confianza de todos los hombres de bien, de los verdaderos españoles» de tal manera que sin la «protección de un caudillo tan valiente como experto, mirarían su ruina muy de cerca, y temerían fundadamente el volverse a ver sujetos no muy tarde al escandaloso duro yugo de los rebeldes». A consecuencia de su buena labor el cargo de Cruz fue confirmado por el Consejo de la Regencia en noviembre de 1811, a nombre del rey Fernando VII.

Ya desde su primera comisión Cruz comenzó a publicar los bandos que caracterizaron su enérgica actuación, incluyendo sus instrucciones de disparar sobre cualquier reunión mayor a seis personas, el establecimiento del toque de queda, la orden a la población de no asomarse por las ventanas de sus casas en caso de alarma y la exigencia de denunciar a los rebeldes so pena de considerárseles entre ellos. Derivado de este último punto, fue recurrente «quintar» pueblos que se consideraban colaboradores de la rebelión. Desde la historiografía decimo-

nónica hasta la de nuestros días se suele destacar la extrema dureza —«rozando el paroxismo de la crueldad» refiere el autor— de la represión mantenida por Cruz contra la insurgencia y la población sospechosa de complicidad. De Andrés recoge expresiones terribles de Cruz en este mismo sentido: «La piedad no debe sernos conocida. Tal es el sistema que ya sigo». Sus directrices fueron, en sus palabras, «pasar a cientos por las armas, diezmar pueblos y hacer el nombre del soldado tan temible como la muerte misma». El relato, sin embargo, cuestiona la usual adjetivación de Cruz como un personaje tenido por villano en la historiografía mexicana. El autor sugiere que esa severidad más bien «se correspondía al contexto típico de la guerra a la que los realistas debían someterse implacablemente». En efecto, asomarse a los bandos emanados de la insurgencia habría confirmado al lector a este respecto: dicha adustez no era privativa de los realistas. De Andrés matiza y atenúa la supuesta crueldad ilimitada de Cruz al advertir que hizo suyo un sistema que alternaba la benignidad y el rigor. Antes de descargar su ira, nos cuenta, Cruz solía ofrecer el indulto a quienes quisieran reconciliarse con la «buena causa» de los realistas. Cruz —documenta el autor— justificaba esa política porque no restaba al «decoro de las armas» y buscaba evitar «derramamiento de sangre». En otras ocasiones, se añade en la matización, Cruz asumió una actitud benévola al conmutar y suspender sentencias de muerte.

La correspondencia rescatada ofrece la perspectiva que Cruz y otros comandantes realistas tenían sobre la insurgencia. Los denuestos con los que Cruz se refirió a ellos fueron a tono con el terrible estado de guerra civil que se vivía entonces. Calificativos como «miserables», «incapaces de raciocinio» y «bribones» eran frecuentes en sus epístolas. Hidalgo era el «cura mitinero» y el famoso periódico insurgente, *El Despertador Americano*, era «atrevido aunque escrito sin gran seso», señalando entre su propaganda la falsedad de atribuir a la causa realista una serie de desmanes inexistentes junto con la intención de entregar el reino a los ingleses. Asimismo, las comunicaciones entre los realistas advirtieron con pesar la estrecha relación entre una significativa parte del clero y la revolución insurgente. Era una «escandalosa verdad» que tantos clérigos y

frailes fuesen el origen de «tantos males, como de su causa primitiva insurreccional». Con todo, De Andrés también observa que para los jefes realistas «los insurgentes no dejaban de ser gente alucinada y engañada que se había desmandado por el embuste de creer que, en realidad, eran ellos los que defendían al rey, a la religión y a la patria». De ahí que las autoridades ofrecieran primero el perdón «para reencauzar a toda esta gente descarriada» que, en su visión, «formaba el grueso de los insurgentes».

De Andrés ofrece un diligente tratamiento a los problemas militares que hubieron de sortear los jefes realistas. Entre ellos cómo cubrir un espacio inmenso con una tropa escasa. Para esto recurrieron a destacamentos volantes que pudieran resguardar mayor territorio frente a gavillas insurgentes, y también a la organización de milicias capaces de defender sus propias localidades. En tales circunstancias, la comunicación frecuente entre los comandantes realistas fue una imperiosa necesidad para el feliz desenlace de sus campañas, que para 1811 proyectaban el desalojo de los insurgentes de la «endemoniada» provincia de Valladolid como su objetivo central. El autor concluye que, durante el período estudiado, el desempeño de Cruz fue «realmente eficaz y correcto, sobresaliente para los realistas».

Investigaciones como la que ahora se reseña tienen mucho mérito porque ayudan a comprender mejor el proceso de fractura del mundo hispánico. La llamada guerra de independencia de México no fue precisamente una lucha de liberación nacional contra un imperialismo extranjero. Acaso fue más bien un proceso de guerra civil hispánica que derivó en la erección de un nuevo Estado que se propuso construir una identidad nacional en tensión con el pasado. En libros como éste Juan Ramón de Andrés nos lleva a conocer parte de ese proceso a través de fuentes primarias. El historiador se nos muestra como un tenaz sabueso tras las huellas de uno de los execrados por la historia oficial.

Rodrigo RUIZ VELASCO BARBA

